

Se Realiza al

Escucharla

LA HOMILÍA EN LA

ASAMBLEA DOMINICAL

Comité de los Obispos sobre la Vida y el Ministerio Sacerdotales
Conferencia de Estados Unidos de los Obispos Católicos
Washington, D.C.

En el documento de planeamiento de 1979, conforme fue aprobado por todos los miembros de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos (NCCB) en noviembre de 1978, el Comité de los Obispos sobre la Vida y Ministerio Sacerdotales, a través de su Secretariado, recibió la autorización para dirigirse a la cuestión de la predicación con respeto a la homilía dominical. Un borrador fue revisado por el Comité Administrativo de la NCCB en marzo de 1981. El siguiente texto ha sido aprobado por el Obispo Justin A. Driscoll, coordinador del comité, y autorizado para la publicación por el abajo firmante.

Monseñor Daniel F. Hoye
Secretario General
NCCB/USCC

Las citas bíblicas en este libro están tomadas de la *Biblia de América* © 1994. Verbo Divino. Navarra, España y se usan con permiso.

ISBN

Primera Edición Traducida, 2010-08-06

Derechos de Imprenta © 2010.

Prólogo

En 1979 el Comité de los Obispos para la Vida y Ministerio Sacerdotal decidió tratar la cuestión de la predicación con respeto a la homilía dominical por las siguientes razones:

1) las conclusiones de numerosas encuestas indicando la calidad discutible de la predicación y de la preparación de la homilía que con frecuencia se experimenta en iglesias católicas;

2) para llamar la atención de los obispos y sacerdotes a la necesidad de programas que enfatizen la preparación y presentación de la homilía;

3) para proveer información útil a obispos y sacerdotes en sus esfuerzos por mejorar la calidad de sus homilías;

4) para sugerir a la Conferencia Episcopal ciertas recomendaciones para mejorar la homilía en niveles nacionales, diocesanos y parroquiales.

Con la publicación de *Realizado al Escucharlo*, el Comité cree ha respondido a estas razones. Ahora espera que la información contenida aquí sirva no sólo para mejorar la calidad de la predicación en la Asamblea dominical, sino también ayudar a sacerdotes y obispos cuando tratan de cumplir su deber principal, es decir, la proclamación del Evangelio de Dios a todos.

En este momento el Comité desea expresar su gratitud al obispo, Monseñor William A. Hughes, que sirvió como Coordinador de su Subcomité sobre la Renovación Espiritual y la Educación Continua, que fue responsable de este proyecto. El Comité da las gracias especialmente al Rev. William Skudlarek, O.S.B., Ph.D., el redactor principal, que preparó el documento en su forma final.

También da las gracias a los miembros del subcomité y al equipo de redacción que contribuyeron con tiempo y sabiduría para su desarrollo: a los obispos Thomas J. Murphy, S.T.D. y Richard J. Sklba, S.S.L., S.T.D., a los Reverendos Thomas C. Brady, Ph.D., Fred Baumer, C.P.P.S, M.A., Gerard T. Broccolo, S.T.D., Rev. Sr. David Buttrick, B.D., Sr. William Graham, M.A., Revs. George T. Montague, S.M., S.T.D., James Notebaart, M.A., Robert Schwartz, S.T.L. y Monseñor Colin A. MacDonald, Director Ejecutivo del Secretariado del Comité.

El Comité desea agradecer también a los Reverendos Andrew M. Greeley, Ph.D., John A. Guerrieri, M.I., S.T.D., Thomas A. Krosnicki, S.V.D., S.T.D. y a la Sra. Dolores R. Leckey, M.A., quienes sirvieron como consultores del proyecto durante sus varias etapas.

Rvmo. Justin A. Driscoll, Coordinador

Mons. Colin A. MacDonald,
Director Ejecutivo

Rvmo. Kenneth A. Angell
Rvmo. William A. Hughes
Rvmo. John E. McCarthy

Mons. John P. McCullagh
Rev. Thomas C. Brady
Rev. Dennis J. Dease

Rvmo. P. Francis Murphy

Rev. Brian T. Joyce

Rvmo. Thomas J. Murphy
Rvmo. Francis A. Quinn
Rvmo. Richard J. Sklba
Rvmo. John J. Snyder
Rvmo. Arthur N. Tafoya

Rev. John J. Malecki
Rev. Neil McCaulley
Rev. Frank J. McNulty
Rev. John J. O'Callaghan, S.J.
Rev. Ignatius M. Roppolo
Rev. Lawrence J. Stuebben
Rev. Benedict Swiderek

Abril de 1982

Índice

	Introducción	1
I.	La Asamblea	3
II.	El Predicador.	8
III.	La Homilía	14
IV.	Metódo Homilético	23
	Epílogo: El Poder de la Palabra.	32
	Apéndice	34
	Notas Finales	36

Introducción

“El deber principal de los sacerdotes es la proclamación del Evangelio de Dios a todos”. Estas palabras claras, directas del Concilio Vaticano Segundo (*Decreto sobre el Ministerio y la Vida de los Sacerdotes, #4*) nos pueden sorprender todavía a nosotros. Más espontáneamente podríamos pensar que el deber principal de los sacerdotes es la celebración de los sacramentos de la Iglesia, o el cuidado pastoral del Pueblo de Dios, o el liderazgo en una comunidad cristiana. Sin embargo, las palabras del documento son claras: la proclamación del Evangelio es el principal. Los otros deberes del sacerdote se consideran propios del presbiterado en la medida en que apoyen la proclamación del Evangelio.

“Proclamación” puede cubrir una gran variedad de actividades en la iglesia. Una vida de fe silenciosa y de acciones generosas con amor es proclamación; la celebración de la Eucaristía es la proclamación “de la muerte del Señor hasta que venga”. Pero un momento clave en la proclamación del Evangelio es la predicación, la predicación que se caracteriza como “proclamación de las obras maravillosas de Dios en la historia de la salvación, esto es, el misterio de Cristo, que siempre se hace presente y activo dentro de nosotros, especialmente en la celebración de la liturgia”. (Constitución de la Sagrada Liturgia, #35.2).

El Decreto sobre el Ministerio y la Vida de los Sacerdotes es especialmente claro al relacionar el ministerio de la predicación con la celebración de los sacramentos. Puesto que estos sacramentos son sacramentos de fe, y puesto que “la fe nace de la Palabra y es nutrida por ella”, la predicación de la Palabra es una parte esencial de la celebración de los sacramentos. Esto es especialmente verdadero en la celebración de la Eucaristía, el documento continúa diciendo, porque “en esta celebración la proclamación de la muerte y resurrección del Señor está unida inseparablemente tanto a la respuesta del pueblo que la escucha como a la misma ofrenda por la cual Cristo ratifica el Nuevo Testamento con su sangre”.

Este lazo íntimo entre la predicación y la celebración de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía dominical, es a lo que nosotros deseamos dirigirnos en este documento sobre la predicación. Reconocemos que la predicación no está limitada a los sacerdotes. Los diáconos también son ordenados como ministros de la Palabra. En verdad, la proclamación de la Palabra de Dios es responsabilidad de toda la comunidad cristiana en virtud del sacramento del bautismo. Además, reconocemos que la predicación no está limitada a la Eucaristía, y con gusto apoyamos las maneras en las cuales más y más católicos están celebrando el poder de la Palabra de Dios en reuniones evangelizadoras, en el catecumenado, y en grupos dedicados al estudio de la Biblia y a la oración. También reconocemos que para la gran mayoría de los católicos, la homilía dominical es la manera normal y frecuentemente la manera formal en la cual escuchan

proclamada la Palabra de Dios. Para estos católicos la homilía dominical bien puede ser el factor más decisivo para determinar la profundidad de su fe y para fortalecer el nivel de su compromiso con la iglesia.

Por lo tanto, el enfoque principal de este documento será la homilía dominical, y aún más particularmente, la homilía predicada por el obispo o sacerdote que preside la celebración de la Eucaristía. Una vez más, reconocemos que hay ocasiones cuando la homilía puede ser predicada por otra persona distinta al que preside, por ejemplo: por un diácono que sirve en la parroquia o por un sacerdote predicador que está de visita. Sin embargo, en términos de la práctica común y de las normas litúrgicas, el predicar la homilía le pertenece al ministro que preside. (Véase *La Instrucción General del Misal Romano*, # 42: “Generalmente, la homilía debe ser dada por el celebrante”.) La unidad de la Palabra y los Sacramentos es simbolizada así en la persona del ministro que preside la Eucaristía.

Aunque este documento está dirigido específicamente a los sacerdotes que tienen un ministerio pastoral que incluye la predicación regular dominical, esperamos que todos lo que se preocupan por la proclamación eficaz del Evangelio lo encuentren también de ayuda. Este documento puede también ser útil en la preparación y formación continua de diáconos permanentes como ministros de la Palabra.

Proponemos que este documento se use como una base de diálogo entre sacerdotes y obispos, y por los sacerdotes con los miembros de sus congregaciones. En ese compartir de experiencias personales, de expectativas y frustraciones, y por el apoyo mutuo, encontramos la esperanza de una renovación de la predicación en la iglesia de hoy.

I. La Asamblea

[Jesús] llegó a Nazaret, donde se había criado. Según su costumbre, entró en la sinagoga un sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo, encontró el pasaje donde está escrito:

*“El espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido para anunciar
la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a proclamar
la liberación a los cautivos,
a dar vista a los ciegos,
a liberar a los oprimidos
y a proclamar
un año de gracia del Señor”.*

Después enrolló el libro, se lo dio al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos fijos en él. Y comenzó a decirles: “Hoy se ha cumplido ante ustedes esta profecía”. Todos lo apoyaban y se admiraban de las palabras que había pronunciado. (Lc 4:16-22a)

Estos versículos del capítulo cuatro del Evangelio según San Lucas nos presentan una imagen de Jesús como lector y homilista en la sinagoga de Nazaret. Se levanta para leer la lección del profeta que se tenía al fin de la ceremonia. Luego él usa este pasaje para hablar sobre la situación de aquí y en este momento. Todos los que le escucharon se quedaron favorablemente impresionados.

Los tres elementos principales de la predicación litúrgica están todos aquí: el predicador, la palabra tomada de las Sagradas Escrituras, y la comunidad reunida. Cada elemento es esencial y cada uno debe de considerarse cuidadosamente si vamos a comprender el desafío y las posibilidades de la predicación litúrgica.

Creemos que es apropiado, en verdad esencial, empezar este tratado sobre la homilía dominical con la asamblea en lugar de con el predicador o la homilía, y esto por dos razones principales. Primero que todo podemos señalar el gran énfasis que los teóricos de la comunicación ponen en la comprensión exacta de la audiencia si la comunicación va a ser eficaz. Si el predicador no conoce las necesidades de la congregación, ni lo que quiere o es capaz de escuchar, existe la posibilidad de que el mensaje dado en la homilía no responda a las necesidades del pueblo que la escucha. Al decir esto, no se implica de ninguna manera que los predicadores deben sólo predicar lo que su congregación desea escuchar. Sólo cuando los predicadores saben lo que sus congregaciones quieren

escuchar, serán capaces de comunicar lo que la congregación necesita escuchar. Los homilistas pueden en verdad predicar sobre lo que ellos creen que son los problemas reales, pero si no están en contacto con lo que el pueblo piensa que son los problemas reales, es muy posible que lo malinterpreten o no le escuchen para nada. Lo que se comunica no es lo que se dice sino lo que se escucha, y lo que se escucha se determina en gran manera por lo que el que escucha necesita o quiere escuchar.¹

La eclesiología contemporánea ofrece una segunda razón aún más fundamental para empezar con la asamblea en lugar de con el predicador o la homilía. *La Constitución Dogmática sobre la Iglesia* describe a la iglesia como el misterio de la voluntad salvadora de Dios, dando expresión histórica concreta al pueblo con el cual Él ha entrado en una alianza. Esta iglesia es el sacramento visible de la unidad salvadora a la cual Dios llama a todas las personas. “Constituida por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleada también por Él como instrumento de redención universal y es enviada a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra” (#9). Por lo tanto, la iglesia es ante todo la reunión de aquellos a quienes el Señor ha llamado a una alianza de paz consigo mismo. En esta reunión, como en cualquier otra, se necesitan puestos y ministerios, pero son secundarios. La realidad principal es Cristo en la asamblea, el Pueblo de Dios.

Esta idea renovada de la iglesia se está haciendo gradual y conscientemente presente en las palabras y acciones del pueblo católico. Por medio de su participación en organizaciones diocesanas y parroquiales, de su compartir en varias formas de servicio, y de su participación activa en la liturgia, están empezando a sentir lo que significa decir que el pueblo es la iglesia y la iglesia es el pueblo.

Obviamente el desarrollo del que estamos hablando no es uniforme. Pero es claro que la parroquia en la cual el sacerdote actúa de una manera arbitraria, en la cual virtualmente toda actividad ministerial – litúrgica, educativa, y social – está en las manos del clero y los religiosos, y en la cual los laicos no hacen casi nada más que asistir a Misa y recibir los sacramentos, no es ya la norma. Un cambio tan drástico en las prácticas y auto-conciencia de la congregación católica está destinado a tener consecuencias importantes para el contenido y estilo de la predicación que tiene lugar en la asamblea Eucarística dominical.

Predicar de tal manera que suena como si el predicador fuera el único que tuviera acceso a la verdad y supiera lo que es mejor para todos los demás o que da la impresión de que no hay problemas sin resolverse o posibilidades de diálogo, es predicar de tal manera que puede haber sido aceptable para aquellos que veían la iglesia sobre todo en términos clericales. En una iglesia que piensa y habla de sí misma como el pueblo peregrino, reunido para el culto, para dar testimonio y para trabajar, tal manera de predicar se escuchará solamente con gran dificultad, si es que se escucha.

La Identidad de la Asamblea

La asamblea eucarística que se reúne domingo tras domingo es un fenómeno rico y complejo. Aún en parroquias que son más o menos uniformes en su herencia étnica, social o económica, hay una gran diversidad: hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, los que tienen éxito y los fracasados, los optimistas y los dolientes, los fervientes y los tibios, los fuertes y los débiles. Tal diversidad es un desafío constante para el predicador, porque nuestras palabras pueden muy fácilmente ser escuchadas como excluyendo a uno u otro sector de la congregación. No queremos ignorar la presencia de las mujeres cuando decimos: “Jesús vino a salvar a todos los hombres”, pero si se escucha como exclusivo, entonces se comunica exclusión bien sea que lo queramos o no.

Mientras que la diversidad en cada asamblea es un factor que el predicador debe considerar seriamente, y aún más cuando la diversidad trasciende límites raciales, étnicos, económicos y sociales, esta diversidad no debe cegarnos a otra, aún más grande realidad: la unidad de la congregación. Esta asamblea se ha reunido porque sus miembros han sido bautizados en el único cuerpo de Cristo y comparten una fe común. Esta fe, aunque enraizada en una identidad bautismal común, se expresa de maneras que se extienden desde los niveles más altos de apropiación personal y comprensión intelectual hasta las formas más inmaduras de ritualismo y rutina. Y sin embargo, en un grado más o menos grande, es la fe en Jesucristo lo que es común a todos los miembros de la comunidad reunida para la Eucaristía.

Decir que una comunidad comparte una fe común es decir que sus miembros tienen una manera común de interpretar el mundo que los rodea. Para la comunidad cristiana, el mundo es visto e interpretado como la creación de un Dios amoroso. Aunque este mundo se alejó de Dios por el pecado, Dios extendió la mano una y otra vez para atraer al mundo a sí mismo, finalmente enviando a su propio Hijo en carne humana. Este Hijo expresó la plenitud del amor del Padre al aceptar la muerte en la cruz. Por su parte el Padre glorificó a su Hijo al resucitarlo de la muerte y hacerlo la fuente de la vida eterna para todos los que creen. Los creyentes dan testimonio de la presencia y palabra de Jesús en el mundo y son un signo continuo del Reino de Dios, que está presente tanto en Jesús como a través de él y está todavía por llegar a su plenitud por el poder del Espíritu Santo.

En líneas muy generales, ésta es la fe común que une a la comunidad cristiana para ofrecer culto a Dios. Muy probablemente ninguna persona sola en la comunidad podría expresar la fe en estas palabras. Algunos podrían encontrar difícil el expresar su fe en cualquier palabra. No tienen el conocimiento de teología que les capacite para hacerlo. Por lo tanto, podríamos decir que una de las tareas principales del predicador es proveer a la congregación de los fieles las palabras para expresar su fe, y las palabras para expresar las realidades humanas a las cuales responde esta fe. A través de palabras sacadas de la Biblia, de la tradición teológica de la iglesia, y de la apropiación personal de esa tradición por el estudio y la oración, el predicador se une a la congregación en una visión común. Así, podemos decir que la homilía es un momento unificador en la celebración de la

liturgia, al profundizar y dar expresión a la unidad que ya está presente por el sacramento del bautismo.

El Predicador como Mediador del Significado

Así la persona que predica en el contexto de una asamblea litúrgica es un mediador, representando tanto a la comunidad como al Señor. La asamblea se reúne para la liturgia como una comunidad de fe, creyendo que Dios ha obrado en la historia humana y más particularmente, en su propia historia. La comunidad se reúne para responder a este Dios vivo y activo. También pueden reunirse para preguntar cómo o si el Dios que una vez obró en la historia humana está presente todavía y obrando hoy. Pueden preguntarse cómo este Dios, a quien la Biblia presenta como tan poderoso y tan amante, puede ser experimentado en las vidas de hoy que parecen tan rotas e insignificantes. ¿Cómo pueden los padres de familia creer en un Dios que resucita a los muertos cuando su hija acaba de morir en un accidente de automóvil? ¿Cómo puede una familia esperar en un Dios que guía a su pueblo de la esclavitud a la libertad cuando ellos se sienten atrapados en una espiral inflacionaria en la cual los costos aumentan y el poder de compra de sus salarios disminuye? ¿Cómo pueden los jóvenes unirse a los ángeles y santos en alabanza a la gloria de Dios cuando ellos están luchando con los desafíos para establecer su propia identidad y su relación con familiares y amigos?

El predicador representa a esta comunidad al expresar sus preocupaciones, al nombrar a sus demonios, y así la capacita para lograr un poco de comprensión y control del mal que le aflige. Él representa al Señor al ofrecer a la comunidad otra palabra, una palabra de sanación y perdón, de aceptación y amor. Como los humanos en todas partes, las personas que componen la asamblea litúrgica son personas hambrientas, algunas veces de una manera desesperada, de significado en sus vidas. Por un poco de tiempo pueden encontrar significado en sus trabajos, sus familias y amistades, sus causas políticas o sociales. Todas estas preocupaciones, buenas y válidas como son, no alcanzan a proveer el significado último. Sin un significado último, permanecemos ultimadamente insatisfechos. Si somos capaces de escuchar una palabra que le dé a nuestra vida otro nivel de significado, que la interprete en relación con Dios, entonces nuestra respuesta será mirar a esta fuente de significado en una actitud de alabanza y acción de gracias.

La comunidad que se reúne domingo tras domingo lo hace para ofrecer alabanza y acción de gracias a Dios o por lo menos para esperar una palabra que le dé significado a su vida y los capacite para celebrar la Eucaristía. Lo mejor que puede hacer el predicador en este momento y en este lugar es capacitar a esta comunidad a celebrar ofreciéndoles una palabra en la cual ellos puedan reconocer sus propias preocupaciones y la preocupación de Dios por ellos.

El predicador actúa como un mediador; haciendo conexiones entre la vida real del pueblo que cree en Jesucristo pero no está siempre seguro de la diferencia que la fe puede

hacer en su vida y en el Dios que nos llama siempre a una comunión cada vez más profunda con Él mismo y con unos y otros. Especialmente en la celebración Eucarística, *la* señal de la presencia salvífica de Dios entre su pueblo, el predicador está llamado a apuntar a los signos de la presencia de Dios en la vida de su pueblo para que, reconociendo gozosamente esa presencia, puedan unirse a los ángeles y santos proclamando la gloria de Dios y cantando con ellos su himno eterno de alabanza.

II. El Predicador

Empezamos nuestra exposición sobre la homilía dominical mirando primero a la asamblea que se reúne a celebrar la liturgia de la Eucaristía. Tal comienzo podría interpretarse en el sentido de que la importancia del sacerdocio de los ordenados no es lo que solía ser. Nada podría estar más lejos de la verdad. El sacerdocio de los fieles y el sacerdocio ministerial de los ordenados aunque distintos no se oponen uno al otro. De hecho, se mantienen o se caen juntos. Al grado que le damos pleno valor al sacerdocio de todos los bautizados, a ese grado vemos la importancia y el significado plenos del sacerdocio de los ordenados. Al grado que minimizamos la importancia del sacerdocio de los fieles, a ese grado disminuimos el sacerdocio de los ordenados.

La comunidad reunida para ofrecer culto es un pueblo sacerdotal, hombres y mujeres llamados a ofrecer adoración a Dios. Si esta comunidad está consciente de su dignidad, entonces aquellos a quienes llama a servir en puestos de liderazgo serán capaces de reconocer también su dignidad. Vemos al sacerdote como el representante de Cristo. Este modo de pensar es verdadero mientras que recordemos que se representa a Cristo representando a la iglesia, porque la iglesia es el sacramento fundamental de Cristo. Además, es la iglesia, a través de sus obispos, quien llama a las personas al ministerio presbiteral en la iglesia.

Función Pastoral del Predicador

Los predicadores que están conscientes de su función representativa tratan de predicar de tal manera que indique que conocen y se identifican con el pueblo a quien le están hablando. Su predicación es pastoral, mostrando un conocimiento sensible y preocupado por las luchas, dudas, preocupaciones, y gozos de los miembros de la comunidad local.

Estar consciente de los cuidados y preocupaciones, necesidades y buena suerte de la asamblea no significa que el predicador tiene que contestar preguntas ni resolver problemas en cada homilía. Habrá ocasiones cuando nada de lo que podamos decir pueda causar un cambio en la situación. No podemos devolver la vida a la hija muerta, nuestras palabras no van a detener la inflación o disminuir la falta de empleo. Lo que nuestras palabras pueden hacer es ayudar al pueblo a hacer conexiones entre las realidades de su vida y las realidades del Evangelio. Podemos ayudarles a ver cómo Dios en Jesucristo ha entrado y se ha identificado con las realidades humanas del dolor y la felicidad.

Escuchar y Orar

Con el fin de hacer tales conexiones entre la vida del pueblo y el Evangelio, el predicador tendrá que ser un oyente antes que un orador. Escuchar no es de un momento

aislado. Es una manera de vivir. Significa disponibilidad a la voz del Señor no sólo en la Biblia sino también en los eventos de nuestra vida diaria y en la experiencia de nuestros hermanos y hermanas. No es sólo *mi* escuchar sino *nuestro* escuchar juntos la palabra del Señor para la comunidad. Escuchamos las Sagradas Escrituras, escuchamos al pueblo, y preguntamos: “¿Qué se están preguntando unos a otros? ¿Qué están pidiendo unos de otros?” Y de ese diálogo entre la Palabra de Dios en las Escrituras y la Palabra de Dios en la vida de su pueblo, la Palabra de Dios en la predicación empieza a tomar forma.

La escucha atenta de las Sagradas Escrituras y del pueblo es, esencialmente, una forma de oración, quizá la forma de oración más apropiada a la espiritualidad del sacerdote y del predicador. No hay nada tan esencial como la escucha orante para una predicación eficaz, una oración sobre los textos que busca la luz y el fuego del Espíritu Santo para encender *ahora* en nuestro corazón su significado. Una semana de meditación diaria sobre las lecturas del siguiente domingo no es pasar demasiado tiempo en la preparación de la predicación que se nos pide que hagamos el Día del Señor. Tal preparación regular nos permitirá no sólo saborear la palabra en la oración sino también incorporar en nuestra preparación las experiencias de una semana entera.

Esa preparación extendida orante es muy importante para la predicación porque ayuda a llegar al momento de la inspiración, una inspiración que tiene afinidad con la inspiración poética pero es aun más. Pedimos y esperamos el movimiento real del Espíritu Santo en nosotros y en la asamblea. Si las palabras de la Biblia están inspiradas divinamente como lo creemos que están, entonces la inspiración divina debe de ser activa cuando esas palabras se hacen vivientes y contemporáneas a la comunidad creyente en y a través de nuestro apostolado.

El predicador está llamado así sobre todo a orar. La oración de la que hablamos no es la oración junto con la preparación para la predicación, ni por encima de esta preparación, sino el mismo corazón y centro de la propia preparación. Si la Palabra de Dios en la Biblia no es interiorizada por medio de un estudio orante y de la reflexión, no puede posiblemente sostener las palabras que dan vida y engendran amor que los predicadores quieren ofrecer a su pueblo. Así, los predicadores están llamados a vivir orando con su pueblo y a vivir orando con los textos de la Biblia conociéndolos y permitiéndoles ser conocidos por ellos.

Este vivir con la Biblia y con el pueblo que es el prelude necesario para la predicación eficaz señala la necesidad de ciertas habilidades pastorales y conocimiento académico, ambas cosas son ofrecidas por los seminarios modernos a sus candidatos al sacerdocio, pero necesitan perfeccionarse y ponerse al día continuamente. Nos referimos aquí a las habilidades de entender y comunicarse con el pueblo, y al conocimiento que se requiere para la interpretación exacta y relevante de los textos bíblicos.

Interpretar la Biblia

Empecemos primero con el segundo requisito, puesto que ese es de alguna manera más fácil de describir. La interpretación de los textos es la ciencia de hermenéutica, y con el

fin de lograr su fin, la hermenéutica se basa ante todo en la exégesis. Para que la exégesis se haga en su más alto nivel profesional, el exégeta debe tener conocimiento de los idiomas originales, acceso a los instrumentos para la crítica textual, un fundamento histórico y arqueológico extenso, un conocimiento integral del desarrollo de la fe bíblica y familiaridad con la historia de la interpretación teológica de los textos tanto en la sinagoga como en las iglesias cristianas. Obviamente, pocos predicadores tienen el entrenamiento o el acceso a recursos para una exégesis de esta clase.

La exégesis para predicar no necesita estar hecha siempre en el más alto nivel profesional. Nuestro entrenamiento en el seminario y nuestros estudios continuos nos ofrecen instrumentos y recursos para hacer uso de la mejor exégesis contemporánea de una manera fructífera. Aun nociones rudimentarias de hebreo y griego son de ayuda para capturar el sabor o los matices de ciertas palabras. Un conocimiento de los métodos para los estudios bíblicos nos capacita para comprender, por ejemplo, por qué los dichos de Jesús pueden aparecer en tales contextos diferentes, y por lo tanto con tales significados diferentes en los Evangelios. O, de nuevo, el conocer cómo el autor bíblico usó un pasaje particular como un bloque en la construcción en un contexto literario más grande, puede ayudarnos a apreciar cómo la iglesia en los siguientes siglos encontró importante el poner el pasaje en contextos contemporáneos, una tarea que es nuestra en la celebración litúrgica de hoy.

Es difícil imaginar que una persona que tiene como deber principal la proclamación del Evangelio a todos pudiera estar sin estos instrumentos y métodos básicos que ayudan a asegurar una comprensión exacta de este Evangelio. Con seguridad todo predicador debe tener una biblioteca básica a la que puede recurrir para preparar las homilías. Un buen diccionario de la Biblia puede ayudar a imaginarse el fondo de un pasaje; un libro de concordancias apuntará a otros pasajes que se relacionan; un diccionario “teológico” de la Biblia trazarán las ideas que se repiten a través del Antiguo y Nuevo Testamento; el libro de paralelos evangélicos pondrá lado a lado textos similares que ocurren en más de un Evangelio. Comentarios normales sobre los libros principales de la Biblia que aparecen en el leccionario también deberían estar a la mano, al igual que comentarios exegeticos basados en el leccionario mismo.

Los textos de la Biblia de los cuales fluye nuestra predicación no se refieren solamente a la antigüedad. Son textos que han nutrido la vida de la iglesia a través de toda su historia, sosteniéndola en tiempos de prueba, llamándola de nuevo a la fidelidad en tiempos de debilidad y ofreciéndole nuevas posibilidades cuando parecía inmovilizada por el peso de las tradiciones humanas.

La historia de la interpretación de la Biblia es parte del significado contemporáneo de la Biblia. La manera como ha sido predicada, las expresiones litúrgicas que han generado, las oraciones que han nutrido, las declaraciones magisteriales que han inspirado, los

sistemas teológicos que han fomentado, aún las herejías que han ocasionado, extienden y profundizan la manera como la Biblia nos habla hoy.

Es la fe de la iglesia la que el predicador debe proclamar, no solamente la suya. Consecuentemente, entre más familiarizado esté el predicador con la historia de la interpretación bíblica y el desarrollo de la doctrina de la iglesia, es más capaz de llevar esa palabra al diálogo con la situación contemporánea. La doctrina de la Iglesia se nutre de la meditación profunda sobre la Palabra inspirada, la exégesis de los padres, los documentos conciliares y la enseñanza del Magisterio. Por lo tanto, el predicador calificado guiará a su pueblo a una mayor unidad en la fe entre sí mismos como también con las previas generaciones de creyentes.

Es un poco más difícil hablar de lo que se necesita para la comprensión del pueblo y cómo el sacerdote/predicador puede prepararse para esta exigencia de su oficio. Con seguridad, parte de la razón de requerir que los estudiantes en seminarios teológicos tengan conocimientos en las artes liberales, con un énfasis en la filosofía, es que la familiaridad con las ideas guadoras, los movimientos, y las personalidades de la civilización humana (o por lo menos de la civilización occidental) capacitará a los predicadores para participar en un diálogo crítico con la cultura contemporánea, reconociendo lo que está de acuerdo con el Evangelio, retando lo que no está. Los grandes logros artísticos y literarios de una cultura son ciertamente medios privilegiados para llegar al corazón y la mente del pueblo.

El contacto regular y constante con la literatura mundial más grande o con sus pinturas, esculturas y logros musicales puede ser considerado con razón por los predicadores no simplemente como una actividad para el tiempo de descanso sino como una parte de su desarrollo profesional continuo. Se puede decir lo mismo de la atención a los medios de entretenimiento modernos—televisión, cine, radio—o del teatro. Las representaciones teatrales que tratan con sensibilidad temas humanos significativos pueden proveer una riqueza de material para nuestra reflexión y nuestra predicación tanto en su contenido como en su forma.

Si los predicadores van a conocer y comprender a sus congregaciones hoy, cierta familiaridad con las formas populares de entretenimiento puede ser necesaria también. No necesitamos pasar tardes enteras viendo novelas, aprendiendo de memoria las estadísticas de béisbol o escuchando los últimos éxitos musicales. Sin embargo, si estamos completamente inconscientes, o damos la impresión de que estamos inconscientes de las actividades e intereses a los cuales el pueblo dedica una buena parte de su tiempo de descanso, energía y dinero, será difícil para nosotros hacer conexiones entre sus vidas y el Evangelio, o llamarlos a niveles más plenos, más ricos y más profundos en su respuesta a la fe.

Finalmente, los predicadores necesitan dedicar un poco de tiempo y energía a comprender las complejas fuerzas sociales, políticas y económicas que están moldeando al mundo contemporáneo. El ver las noticias de la tarde en la televisión o el hojear los

títulos en el periódico diario puede ser un principio pero no es suficiente. Los predicadores necesitan estar expuestos a comentarios más serios y constantes sobre el mundo contemporáneo, la clase de exposición que se puede obtener por medio de un programa de lectura o de conversación con personas que están involucradas profesionalmente en tales áreas como negocios, política o medicina. Sin esta clase de conocimiento informado del mundo complejo en el que vivimos, fácilmente la predicación degenerará en simplezas de la fe, ataques sin sentido contra la maldad del mundo moderno, o en una afirmación sin sentido crítico de los maravillosos avances que se han llevado a cabo en los tiempos modernos.

Tener un conocimiento integral de las fuerzas sociales, políticas y económicas que moldean al mundo contemporáneo, y al mismo tiempo especializarse en la exégesis bíblica y en teología, y ser competente pastoralmente puede parecer ser una expectativa abrumadora, casi imposible, que se pueda esperar de cualquier persona. El punto que se quiere hacer aquí, sin embargo, no es que los predicadores deben saber todo, sino más bien que no hay límite en las fuentes de conocimiento y comprensión de las cuales se puede valer un predicador. Hay muchos caminos que llevan hacia una comprensión más profunda de la condición humana. Algunos viajarán más fácilmente por el camino de las ciencias sociales, otros por el camino de la literatura y de las artes, otros por el camino de la cultura popular. Lo que importa, en todo esto, no es cuál camino tomar, sino lo que nos llevamos con nosotros al viajar.

Mientras llevemos la Palabra de Dios con nosotros, una palabra que hemos dejado que nos llegue en nuestra propia vida de oración y reflexión, y mientras hablemos esa palabra con la lengua e imágenes que son familiares a los habitantes de un camino particular por el que viajamos, se predicará la Palabra de Dios, y la posibilidad de la fe y de la conversión estarán presentes.

Las Limitaciones del Predicador

Puede ser bueno el terminar esta sección con una palabra de cautela. Aunque no se puede esperar que los predicadores, como cualquier otra persona, sepan de todo, con facilidad se sienten tentados a dar la impresión de que sí lo saben. Como lo dijo un crítico perceptivo: los predicadores en su púlpito son personas que hablan diez pies más arriba de la contradicción. La Palabra de Dios que estamos llamados a proclamar es una Palabra inspirada por Dios, y, por lo tanto, una Palabra con autoridad y constancia. Pero nosotros que somos limitados y falibles no poseemos ninguna garantía de que nuestra comprensión de esta Palabra—o de la situación humana—está sin error y por lo tanto es relevante y obligatoria.

Los predicadores aceptan sus limitaciones no haciendo del púlpito una plataforma para sus dudas personales, sus ansiedades o problemas, sino ofreciendo al pueblo la Palabra que ha impactado en su propia vida e invitando a estas personas a pensar y ponderar sobre esa Palabra para que también les impacte en su vida. Un cartel reciente lo expresa

muy bien: “Jesús vino para quitarnos el pecado, no la mente”. Lo que los predicadores necesitan dar testimonio más que a otra cosa es la convicción de que una fe auténtica, madura, exige la lucha difícil de pensar y decidir. Lo que la Palabra de Dios nos ofrece es una manera de interpretar nuestra vida humana, una manera de enfrentar las ambigüedades y desafíos de la condición humana, no una respuesta fácil para todo problema y pregunta que se presenta.

Hace unos años se hizo una encuesta entre un grupo de feligreses. Se les preguntó que esperaban sentir durante el sermón. Cuando los resultados llegaron, la respuesta fue clara. Lo que la mayoría quería era simplemente escuchar hablar a una persona de fe. Ultimadamente eso es de lo que se trata la predicación, no elevadas especulaciones teológicas, ni una exégesis bíblica minuciosa, ni un discurso llamativo. El predicador es una persona que habla con el pueblo sobre la fe y la vida.

III. La Homilía

La Eucaristía dominical es un punto privilegiado de encuentro entre la comunidad cristiana local y su sacerdote. Dentro de esta celebración Eucarística la homilía es el momento cuando este encuentro puede ser especialmente intenso y personal. Queremos ahora fijarnos en la naturaleza y función de esta forma de predicar, para relacionarla con los temas que hemos tocado ya al hablar de la asamblea y del predicador, y finalmente sugerir un método para construir y predicar la homilía.

La Homilía y la Fe

Como toda predicación, la homilía está dirigida a la fe. Como escribe San Pablo: “¿Cómo van a invocar a aquél en quien no creen? ¿Y cómo van a creer en él, si no les ha sido anunciado? ¿Y cómo va a ser anunciado, si nadie es enviado?” (Romanos 10,14). Cierta predicación está dirigida al pueblo que no ha escuchado el Evangelio con el fin de guiarlo a una aceptación inicial de Jesucristo como Salvador. Otras formas de predicación están dirigidas a una comprensión más profunda de la fe o a sus implicaciones éticas.

La homilía es predicación de otro tipo. Puede incluir evangelización, catequesis, y exhortación, pero su fin primario se encuentra en el hecho de que es, en las palabras del Concilio Vaticano Segundo: “una parte de la liturgia misma” (*Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, #52). El significado mismo y la función de la homilía están determinados por su relación con la acción litúrgica de la cual forma parte. Fluye de las Sagradas Escrituras que se leen en esa celebración litúrgica, o, más ampliamente de las Sagradas Escrituras que rodean sus oraciones y acciones, y capacita a la congregación para participar con fe en la celebración.

El hecho de que la homilía está dirigida a una asamblea de creyentes que se han reunido para ofrecer culto indica que su propósito no es la conversión de una incredulidad radical a la fe. La homilía presupone la fe. La homilía tampoco se preocupa primeramente por una comprensión teológica sistemática de la fe. La reunión litúrgica no es primeramente una asamblea para educar. Al contrario, se predica la homilía a fin de que una comunidad de creyentes que se ha reunido para celebrar la liturgia pueda hacerlo más profundamente y más plenamente—más fielmente—y así formarse para dar testimonio cristiano en el mundo.²

Fe como Interpretación

Decir que la predicación, incluyendo la homilía, está dirigida a la fe es otra manera de decir que la predicación está involucrada en la tarea de interpretación. Se puede definir “Fe” como una manera de ver o interpretar el mundo. La manera como interpretamos el mundo, a su vez, determina la manera como nos relacionamos con él. Por ejemplo, si

creemos que una raza o clase particular de personas son enemigos nuestros, nos relacionaremos con ellos con sospecha y hostilidad. Un gesto amistoso sería interpretado no como un signo genuino de benevolencia sino como una trampa para hacernos bajar la guardia. Por otro lado, si creemos que un grupo de personas son amigos nuestros, tenderemos a excusar aun gestos hostiles con la explicación de que debe haber habido un error: no nos reconocieron o hemos interpretado mal su gesto. Nuestra “fe” en la manera en que son las cosas nos ha llevado a vivir en el mundo de una manera que corresponde a lo que creemos acerca de él.

El cristiano interpreta el mundo no como un lugar hostil y malo, sino como la creación de un Dios amoroso que no le permite destruirse a sí mismo, sino que envió a su Hijo para rescatarlo. La respuesta cristiana al mundo, por lo tanto, es una de aceptación y afirmación—junto con el reconocimiento de que todavía espera la plenitud de su redención.

Una de las maneras más importantes y más específicamente humanas en las cuales se comunica la fe a las personas y a las comunidades es por medio del lenguaje. La manera como nos expresamos sobre nuestro mundo indica la manera cómo pensamos de él y cómo lo interpretamos. Una de las razones por las cuales hablamos con los demás de nuestro mundo es para compartir nuestra visión de él. El predicador es un cristiano que tiene la misión especial de compartir la visión cristiana del mundo como la creación de un Dios amoroso. En este mundo, los seres humanos desencadenaron los poderes del pecado y la muerte. Sin embargo, estos poderes han sido confrontados por Dios por medio de su Hijo Jesucristo, en quien él está trabajando no sólo para restaurar la creación, sino para transformarla en un cielo nuevo y una tierra nueva.

Una Fe que Lleva a una Respuesta

Cuando uno escucha y acepta esta visión del mundo, esta manera de interpretar la realidad, se requiere una respuesta. Esa respuesta puede tener muchas formas. Algunas veces será apropiado llamar al pueblo al arrepentimiento por la manera en que han ayudado a propagar los poderes destructivos del pecado en el mundo. En otras ocasiones el predicador invitará a la asamblea a dedicarse a alguna acción específica como una manera de compartir en la palabra redentora y creativa de Dios. Sin embargo, la respuesta que es más general y apropiada “en todo tiempo y en cualquier lugar” es la respuesta de alabanza y acción de gracias: ¡la Eucaristía!

Cuando aceptamos la buena nueva de que la raíz última y la fuente de nuestro ser no es un Poder Primario sin rostro, ni un juez sin misericordia, sino un Padre que ama pródigamente y nos llama a compartir su amor y a extenderlo a los demás, sentimos que en verdad es justo darle gracias y alabanzas.

Aunque hemos recibido esta buena nueva, hemos creído en ella y hemos sellado nuestra creencia en el sacramento del bautismo, necesitamos redescubrir la verdad de ella una y otra vez en nuestra vida. Nuestra fe se debilita, las apariencias nos engañan, el

sufrimiento nos abrumba, las dudas nos acosan, el silencio terrible de Dios nos angustia. Y, sin embargo, nos reunimos para la Eucaristía, esperando una palabra que reviva la chispa de fe, y nos capacite para reconocer una vez más la presencia de un Dios amoroso en nuestra vida. Venimos a la fracción del pan con la esperanza de que seremos capaces de hacerlo con un corazón ardiente. Venimos esperando escuchar una Palabra del Señor que una vez más nos ayude a ver el significado de nuestra vida de tal manera que seamos capaces de decir con fe y convicción: “Es justo darle gracias y alabarlo”.

Así, el predicador tiene una tarea formidable: hablar de la Biblia (esos documentos inspirados de nuestra tradición que nos transmiten la manera como los primeros creyentes interpretaron el mundo) a una congregación reunida de tal manera que los presentes puedan dar culto a Dios en espíritu y verdad, y luego salir a amar y servir al Señor. Pero aunque la tarea es formidable, no es imposible, especialmente si uno la hace con un propósito y un método.

La Homilía y el Leccionario

La homilía no es tanto *sobre* la Biblia como *a partir y a través de* ella. En la tradición católica romana, la selección de los textos que deben leerse en la liturgia Eucarística generalmente no se deja al predicador, sino está determinada con anterioridad y presentada en la forma de un leccionario. El fin básico del leccionario es doble: asegurar que se lean los textos bíblicos apropiados a la fiesta o al tiempo litúrgico, y proveer una lectura completa de la Biblia. Por eso, encontramos en el leccionario dos principios que guían la selección de los textos: el principio temático (lecturas escogidas para que correspondan al “tema” de la fiesta o del tiempo), y el principio *lectio continua* (lecturas tomadas en orden de un libro de la Biblia que se leen durante un cierto período de tiempo).

En la sección del leccionario titulada: “Misas para Varias Ocasiones” encontramos que se emplea el principio temático de tal manera que corresponde más de cerca a lo algunos planeadores litúrgicos llaman como el tema de una liturgia; por ejemplo: lecturas apropiadas para la unidad cristiana, o para la paz y la justicia. Tales liturgias temáticas tienen su lugar como lo indica el título del leccionario, en ocasiones diversas o especiales, en lugar de la liturgia dominical normal.²

Son estos textos seleccionados los que el predicador usa al preparar la homilía para la comunidad que se reunirá en la liturgia dominical. Ya que el propósito de la homilía es capacitar a la congregación reunida para celebrar la liturgia con fe, el predicador no trata tanto de explicar las Sagradas Escrituras como de interpretar la situación humana a través de la Biblia. En otras palabras, la meta del predicador litúrgico no es interpretar un texto de la Biblia (como sería el caso al dar una clase de Biblia) sino que recurre a los textos de la Biblia que se presentan en el leccionario para interpretar la vida del pueblo. Para ser aún más preciso: el propósito del predicador será usar estas lecturas bíblicas para interpretar la vida del pueblo de tal manera que ellos sean capaces de celebrar la Eucaristía—o reconciliarse con Dios y unos con otros, o ser bautizados en el Cuerpo de Cristo, dependiendo de la liturgia particular que se está celebrando.³

El predicar de la Biblia de esta manera significa que debemos “penetrarlas por atrás” por así decirlo. Tenemos que escuchar estos textos como palabras reales, dirigidas a personas reales. Métodos eruditos de interpretar la Biblia pueden ayudarnos a hacer esto poniéndonos en contacto con las situaciones de la vida que originaron estos textos, o haciéndonos más conscientes de las diferentes maneras como el idioma puede funcionar como trasmisor de significado. Pero los métodos eruditos no son suficientes. Como lo enfatizamos en el capítulo dos, el predicador necesita escuchar estos textos meditándolos y orando con ellos.

Como predicadores tomamos la Biblia diciendo: “¿Cuál es la situación humana a la cual se dirigían estos textos originalmente? ¿Para que preocupaciones humanas y cuestionamientos podrían haber hablado estos mismos textos a través de la historia de la Iglesia? ¿Cuál es la situación humana a la cual pueden referirse hoy? ¿Cómo nos pueden ayudar a comprender, a interpretar nuestra vida de tal manera que podamos dirigirnos a Dios con alabanza y acción de gracias?” Sólo cuando tomamos la Biblia de esta manera tienen los textos la posibilidad de llegar a ser una palabra viva para nosotros y para los demás.

Tal escucha orante de los textos exige tiempo, no sólo el tiempo para leerlos y orar y estudiar sino, igualmente importante, el tiempo para detenerse y dejar que el texto permanezca en nuestra mente inconsciente. Este período de “incubación”, como se le llama con frecuencia, es esencial para todo esfuerzo humano creativo. Es especialmente importante para el homilista cuando reflexiona sobre textos que han llegado a ser demasiado familiares, o que no parecen apropiados en una situación dada. Con el uso del leccionario, las lecturas asignadas para un día particular pueden parecer que tienen poco que decir a una congregación específica en un momento específico en su vida. Sin embargo, si se permite que el texto y la situación humana presente interactúen uno con otro, con frecuencia surge una poderosa palabra interpretativa de fe. Pero para que esto suceda necesitamos reflexionar con el texto y dejarlo que permanezca en nosotros. Solamente entonces el texto nos revelará un significado nuevo, una manera nueva y fresca de interpretar y hablar sobre nuestro mundo.⁴

La Homilía, la Congregación, y los Servicios de la Homilía

Si la homilía debe ser fiel a la Biblia para ser la Palabra viva de Dios, debe ser también fiel a la congregación a la cual se dirige esta Palabra viva de Dios. La homilía será eficaz para capacitar a la comunidad a ofrecer culto a Dios con alabanza y acción de gracias sólo si las personas en esa comunidad reconocen allí una palabra que responde a las cuestiones implícitas o explícitas en su vida.

Hay muchas maneras por medio de las cuales los sacerdotes llegan a conocer a su congregación y se permiten a sí mismos ser conocidos por ella: participando en organizaciones parroquiales, aconsejando a personas y familias, estando en contacto socialmente, visitando a los enfermos y a los dolientes, planeando las bodas y bautismos, en el sacramento de la reconciliación, e, igualmente tan importante, simplemente estando

con la gente como un amigo y miembro de la comunidad. El predicador será capaz de usar todos estos contactos cuando se vuelve a la Biblia para buscar allí la Palabra del Señor para la vida de su pueblo.

Esta dimensión pastoral de la homilía es la razón principal por la cual algunos servicios de homilía, especialmente aquellos que no hacen mucho más que ofrecer homilías listas-para-predicarse, pueden ser en realidad un impedimento para la predicación efectiva. Ya que la homilía está relacionada íntegramente con la liturgia, y puesto que la liturgia presupone una comunidad que se reúne para celebrarla, la homilía está relacionada por definición con la comunidad. Los servicios de homilía pueden ser de ayuda en la interpretación de textos bíblicos (aunque generalmente no tanto como algunos recursos exegéticos básicos) y dan algunas ideas sobre cómo estos textos pueden relacionarse con las preocupaciones humanas contemporáneas. Pero no pueden ofrecer a los predicadores individuales indicaciones específicas sobre cómo estos textos pueden ser escuchados por la congregación particular a quienes van a predicar.

Los servicios de homilía pueden ofrecer ayuda valiosa a los predicadores cuando se preocupan por relacionar la interpretación de los textos del leccionario con el tiempo litúrgico en el cual aparecen, y cuando están atentos al principio de *lectio continua* en el leccionario. También pueden ser de ayuda al sugerir algunas posibilidades para el desarrollo de la homilía, o al ofrecer ilustraciones o ejemplos adecuados. La ayuda primaria que un buen servicio de homilía ofrecerá es hacer disponible al predicador trabajo exegético reciente sobre textos específicos que aparecen en el leccionario e indicar algunas maneras como esta palabra bíblica puede ser escuchada en el presente como Palabra de Dios a su pueblo. Nunca pueden reemplazar la oración, el estudio y el trabajo del homilista.

La Homilía y la Liturgia de la Eucaristía

La homilía no es una charla dada con motivo de una celebración litúrgica. Es “una parte de la liturgia misma”. En la celebración Eucarística la homilía señala la presencia de Dios en la vida del pueblo y luego guía a la congregación hacia la Eucaristía, ofreciendo, por decir así, el motivo para celebrar la Eucaristía en este momento y lugar.⁵

Esta relación integral de la homilía con la liturgia de la Eucaristía que sigue a la liturgia de la palabra tiene implicaciones para la manera como se compone y predica la homilía. En primer lugar, la homilía debe fluir muy naturalmente de las lecturas y hacia la acción litúrgica que sigue. El separar la homilía empezándola y terminándola con la señal de la cruz,⁶ o predicarla en un estilo que es totalmente diferente del estilo usado en el resto de la liturgia, podría solamente reesforzar la impresión que la homilía es simplemente una charla dada en la ocasión de una reunión litúrgica, como la que se podría dar en otra ocasión y en otro contexto.

Aunque la predicación de la homilía, le pertenece apropiadamente al ministro que preside la celebración de la Eucaristía, puede haber momentos ocasionalmente cuando es apropiado que predique otra persona, sacerdote o diácono. En estas ocasiones la relación integral de la homilía con el resto de la liturgia estará salvaguardada si el predicador está presente y participa activamente en toda la celebración litúrgica. La práctica de tener un predicador que entra a leer el Evangelio y predicar la homilía y luego se sale, no hace justicia a la integridad litúrgica de la homilía.

Estilo Homilético

En cuanto a la estructura y estilo de la homilía, podemos de tomar la guía del uso de la palabra griega *homileo* en el Nuevo Testamento.⁷ Mientras que la etimología de la palabra sugiere comunicar con una multitud, su uso real en el Nuevo Testamento implica una forma más personal y conversacional de dirigirse que la usada por el orador griego clásico. El término se emplea refiriéndose a la conversación entre dos discípulos en su camino a Emaús (Lc 24, 14) y a la conversación que Antonio Félix, Procurador de Judea, tuvo con San Pablo cuando éste estaba prisionero en Cesarea (Hch 24, 26). Su uso en el Nuevo Testamento sugiere que una homilía debería oírse más como una conversación personal, como una conversación sobre temas de mucha más importancia que como una ponencia o una lección en la sala de clase. A lo que debemos de tratar de llegar es a un estilo que es decidido y personal, evitando todo lo que suena casual o informal en un extremo o impersonal e indiferente en el otro.

Una de las maneras en que podemos avanzar hacia un estilo más personal de hablar en nuestras homilías es por la manera como las estructuramos. Muchas homilías parecen caer en el mismo modelo de tres partes: “En las lecturas de hoy. . . Esto nos recuerda. . . Por lo tanto, vamos. . .”. La estructura misma de tales homilías da la impresión de que el fin principal del predicador es interpretar los textos bíblicos en lugar de comunicarse con personas reales, y de que él interpreta estos textos principalmente para extraer exigencias éticas para imponerlas a la congregación. Tales predicadores pueden ofrecer buenos consejos, pero raramente se les escucha como predicadores de la buena nueva y este mismo hecho tiende a distanciarlos de los que los escuchan.

Otro modo de estructurar la homilía, y que es más acorde con su función de capacitar al pueblo a celebrar la liturgia con una fe profunda, es empezar con una descripción de una situación humana contemporánea que es suscitada por los textos bíblicos, en lugar de con una interpretación o reiteración del texto. Después de que se ha compartido una situación humana, el homilista puede regresar a la Biblia para interpretar esa situación, mostrando cómo el Dios descrito allí está también presente y activo en nuestra vida hoy. La conclusión de la homilía puede luego ser una invitación a alabar a este Dios que desea estar presente amorosa y poderosamente en la vida de su pueblo.⁸

El punto del párrafo anterior no es substituir una nueva forma estricta por una antigua. No hay una forma correcta para la homilía. En una ocasión puede ser una historia dramática y atractiva, en otra una exposición bien razonada de un tema bíblico mostrando su relevancia para la situación contemporánea o el día, la fiesta o tiempo litúrgicos.

Podría también tomar la forma de un diálogo entre dos predicadores o incluir el uso local aprobado de los medios de comunicación visuales o auditivos. Idealmente, la forma y el estilo estarán determinados por la forma y el estilo de los textos Bíblicos de los cuales fluye, por el carácter de la liturgia de la cual es una parte, y por la composición y expectativas de la congregación a la cual se dirige, y no exclusivamente por la preferencia del predicador.

Cualquiera sea su forma, la función de la homilía Eucarística es capacitar al pueblo a elevar su corazón, a alabar y dar gracias al Señor por su presencia en su vida. Logrará esto si el lenguaje usado es específico, gráfico e imaginativo. Entre más podemos usar el lenguaje pintoresco de un poeta o cuentista, más seremos capaces de predicar de una manera que invite al pueblo a responder desde el corazón al igual que de la mente.

Los Límites y Posibilidades de la Predicación Litúrgica

Pero, ¿no es todo esto un punto de vista demasiado limitado de la predicación? ¿Responde de verdad a las necesidades del pueblo? ¿No debe de tomar en cuenta la predicación regular del domingo la ignorancia de la Biblia por parte de un gran número de católicos, aun entre aquellos que participan regularmente en la Eucaristía dominical, y tratan de una manera un tanto sistemática los fundamentos de la fe? ¿No hay una necesidad que clama la enseñanza regular y constante sobre los imperativos morales que fluyen de la aceptación de la Buena Nueva? ¿Qué pasa con todas esas veces cuando la vida del pueblo está destrozada, cuando son simplemente incapaces psicológicamente de ofrecer alabanza y acción de gracias a Dios, cuando parece que no tienen nada por lo cual estar agradecidos? ¿Cómo hablamos a todas las personas en nuestra congregación que todavía no han escuchado el mensaje básico del Evangelio llamándolos a la fe y a la conversión, o que pueden aún necesitar una forma de predicación que ilumine su sensibilidad hacia las realidades humanas básicas y de esta forma prepararlos para escuchar el Evangelio?

En el último análisis, la única respuesta propia a estas preguntas es una pastoral. Los sacerdotes tienen que decidir qué forma de predicar es más apropiada para una congregación particular en un momento particular. Simplemente nos gustaría hacer dos comentarios aquí. Ante todo, la investigación de ciencias sociales sostiene que una presentación oral de una sola persona no es particularmente el modo efectivo de impartir información nueva o de lograr un cambio de actitud o conducta. Sin embargo, es muy apropiado el hablar explícitamente o reforzar actitudes o conocimiento que se tiene previamente. Por lo tanto, la homilía, la cual es normalmente una presentación oral hecha por una sola persona, será menos eficaz como un medio de instrucción y/o exhortación que de interpretación—esto es, como un medio para capacitar al pueblo para reconocer las implicaciones, en la liturgia y en la vida, de la fe que ya tienen.

El segundo comentario que hay que hacer es que la homilía litúrgica, que se basa en la Biblia para interpretar la vida del pueblo de tal manera que ellos puedan reconocer la presencia salvadora de Dios y volverse a él con alabanza y acción de gracias, no excluye

la instrucción doctrinal ni la exhortación moral. Tal instrucción y exhortación, sin embargo, están aquí situadas en un contexto más amplio, es decir, en el reconocimiento de la presencia activa de Dios en la vida del pueblo y de la alabanza y acción de gracias que esta respuesta provoca.⁹

Puede ser muy bien que lo que Dios está haciendo en la vida de una congregación en algún momento particular es pedirles que cambien de una manera que es exigente y desorientadora. La homilía puede ser una manera de ayudar a lograr ese cambio, y puede aun guiar a una respuesta de alabanza y acción de gracias mostrando que nuestro modo de vivir anterior, tan cómodo como pudo haber sido, era un camino que llevaba a la muerte, mientras que el modo nuevo, con todas sus exigencias y dificultades, es un camino que lleva a la vida.

Pero aunque la homilía puede incorporar instrucción y exhortación, no será capaz de llevar todo el peso de la predicación de la Iglesia. Todavía habrá necesidad de momentos y ocasiones especiales para la predicación que se ocupen de los valores humanos de tal manera que disponga a los oyentes a estar abiertos al Evangelio de Jesucristo, una predicación con la intención de llevar a los oyentes a una conversión interna del corazón, y una predicación con la intención de instruir a los fieles en cuestiones de doctrina o moralidad. Estas tres clases de predicación—algunas veces llamadas como pre-evangelización, evangelización y catequesis—pueden encontrarse hoy en reuniones evangelizadoras, el catecumenado de adultos, en programas de pastoral juvenil, en programas de renovación espiritual, en grupos de estudio bíblico y en muchas formas de educación religiosa.

La homilía puede complementar todas estas formas de predicación ocupándose más específicamente en lo que se debe llevar a cabo. Eso sería mostrar cómo y dónde el misterio de nuestra fe, enfocado por las lecturas bíblicas del día, ocurre en nuestra vida. Esto llevaría a los oyentes a una fe más explícita y profunda, a una expresión de esa fe en la celebración litúrgica y, después de la celebración, en su vida y en su trabajo.

Pero, ¿es realmente posible crear esta disposición para la alabanza y acción de gracias en congregaciones tan grandes y diversas como esas en las cuales muchos de nosotros servimos? En estas congregaciones algunas personas tendrán un sentido de pérdida por una muerte reciente: algunos estarán enfrentando dificultades matrimoniales; unos tendrán problemas ajustándose emocionalmente a la escuela, al trabajo, al hogar o comunidad; otros estarán luchando con un sentido profundo de culpa que surge de su inhabilidad para tratar con madurez su sexualidad, o por su adicción a las drogas o al alcohol. Otros en nuestra congregación estarán luchando con la relevancia del Evangelio para las estructuras económicas opresivas, para la paz del mundo, o para las muchas formas de discriminación en nuestra sociedad. ¿Es realmente posible decirles a estas personas: “Miren la manera como Dios está presente en su vida y vuélvase a él con alabanza y gratitud”?

Obviamente, no siempre será fácil hacer esto. Y nunca seremos capaces de hacerlo, por lo menos con cierta honestidad e integridad, si no hemos reconocido la presencia activa de Dios en nuestra propia vida, tan rota y despezada como pueda estar, y de esa fragilidad afirmar que todavía es bueno alabarlo y aún darle gracias. Necesitamos recordar en situaciones como ésta que nuestra celebración de la Eucaristía se hace en memoria de Jesucristo quien, *en la noche antes de morir*, se volvió a Dios y lo alabó y le dio gracias desde la misma profundidad de su agonía. La alabanza y la acción de gracias, por lo tanto, no implican automáticamente la presencia de euforia.

Podemos y debemos alabar a Dios aun cuando no lo sintamos, pues la alabanza y acción de gracias están enraizadas y crecen de la fe, no del sentimiento, una fe que interpreta este mundo diciendo que a pesar de las apariencias a menudo contrarias, nuestro Dios es un Dios amoroso. Es por esta razón que aún en momentos de muerte celebramos la Eucaristía, porque creemos que para sus fieles, la vida cambia, y no, como podría parecer, es arrebatada.

El desafío para los predicadores es, pues, reflexionar en la vida humana con la ayuda de la Palabra de Dios y mostrar por su predicación como también por su vida, que en todo lugar y en todo momento es, en verdad, justo y necesario alabar y dar gracias al Señor.

IV. Método Homilético

Todo arte está basado en una teoría y un método, y la predicación no es una excepción. Algunos artistas, es verdad, trabajan sólo por inspiración. No saben por qué o cómo hacen lo que hacen. Consecuentemente, son incapaces de pasar sus ideas a otros. Pero tienen un método de todas maneras, y si sus obras perduran su método tarde o temprano será descubierto por los intérpretes y críticos de sus obras.

Los artistas que son conscientes de su método están en una posición mucho más ventajosa que los que no lo son. Son capaces de canalizar y dirigir su obra más fácilmente, pueden trabajar con mayor eficacia dentro de las restricciones del tiempo, y pueden adaptar su método según las circunstancias y exigencias cambiantes. Saben lo que hacen y cómo lo hacen, y pueden pasar esta información a otros a quienes les gustaría aprender de ellos.

Ultimadamente, los predicadores individuales tendrán que desarrollar su propio método para moverse de la Biblia a la homilía, aprender de sus propios éxitos y fracasos, como también de otros predicadores de cuyas palabras han escuchado la Palabra de Dios. La descripción del método para construir la homilía que sigue no se ofrece como—ni podría posiblemente ser—un sistema a toda prueba para producir homilías sobresalientes semana tras semana. Más bien ofrece un modelo que incluye los componentes principales del proceso creativo (recolección de datos, incubación de ideas, comunicación) y lo hace dentro del marco de una semana.

Este método también respeta la comprensión de la homilía que es central en este documento: una interpretación bíblica de la existencia humana que capacita a la comunidad a reconocer la presencia activa de Dios, a responder a esa presencia en fe a través de la palabra y gesto litúrgicos, y más allá de la asamblea litúrgica, a través de una vida vivida en conformidad con el Evangelio.

El rasgo más importante de cualquier método es precisamente que sea metódico, es decir, ordenado y regular. En la preparación de la homilía, como en otras empresas creativas, la cantidad total de tiempo que dedicamos en la preparación puede ser menos importante que nuestra observancia de un modelo regular de actividad que dure un cierto período de tiempo. Hacer lo mismo cada día por la misma cantidad de tiempo es con frecuencia una condición para el éxito, bien sea en estudio, en oración, en redacción, o en logros artísticos. Un modelo regular de actividad diario para la preparación de la homilía dominical es igualmente con frecuencia el factor clave en la predicación eficaz a largo plazo.

Cada uno de nosotros llamados al ministerio regular de la predicación necesita decidir qué parte de cada día de la semana va a dedicar a la preparación de la homilía dominical.

El tiempo que pasamos cada día no necesita ser largo, pero debe de ser decidido de antemano y considerado sagrado. Por supuesto, los horarios siempre deben ajustarse por las emergencias, pero si no decidimos con anterioridad que un tiempo particular va a usarse para un fin particular, y lo mantenemos, es demasiado fácil tener todo nuestro día lleno con citas y reuniones que creemos que no podemos negar ni posponer porque “no teníamos planeado nada especial”.

Una nota preliminar final: El método que sigue describe un proceso que se extiende por toda la semana. Alguna forma de “preparación remota” es también buena. Tal preparación podría tomar la forma de la lectura de una obra reciente sobre la teología de un Evangelio sinóptico particular que será el “Evangelio del Año” o de dedicar algún tiempo para planear la secuencia unificada de las homilías para un tiempo litúrgico particular.

Una de las razones por las cuales nuestra predicación es menos efectiva que lo que podría ser es que no hemos tomado suficientemente en serio el principio de *lectio continua* de nuestro leccionario. Predicamos la homilía de cada domingo como si no tuviera conexión con la que la presidió, ni con la que le sigue. Debería ser posible, y de verdad haría hincapié en un sentido de continuidad e identidad en la congregación, si de vez en cuando nuestras homilías terminaran con una nota que diga: “continuará”.

Leer, Escuchar, Orar

La preparación para la homilía dominical debe empezar temprano en la semana cuando sea posible, aún al atardecer del domingo. El primer paso es leer y releer los textos para la liturgia. Con frecuencia los textos nos serán muy familiares, por eso es importante para nosotros hacer todo lo que podamos para que esta lectura sea tan fresca como sea posible. Lea los textos en voz alta; lea en varias versiones; si leemos y entendemos griego o hebreo, podríamos tratar de leerlos en la lengua original. Aún si el conocimiento de estos idiomas es mínimo, podemos encontrar que nos hacemos más conscientes de matices y conexiones que fácilmente pasamos por alto si nos fiamos completamente de las traducciones.

En este punto en el proceso de la preparación es de ayuda, en efecto casi esencial, leer los textos en su contexto—esto es, leerlos usando la Biblia en lugar del leccionario solamente. Al leer y releer los textos, continúa leyendo todos los cuatro de ellos (Evangelio, Antiguo Testamento, Salmo, Nuevo Testamento), aunque ya se haya tomado la decisión sobre qué texto va a ser el corazón de la homilía. No es necesario que una homilía una todas las lecturas. En efecto, para los domingos durante el año, cuando la lección del Nuevo Testamento se escoge sin referencia al Antiguo Testamento ni al Evangelio, el tratar de imponer cierta clase de unidad temática puede ser muy artificial. Sin embargo, la lectura de los textos, lado a lado, aun si no están relacionados uno con otro, puede dar lugar a ideas nuevas y ricas en el significado “presente” de la Biblia.

Lea los textos con una pluma en la mano, apuntando cualquier y todas las ideas. Tenga en cuenta que lo que estamos escuchando es una Palabra del Señor, una Palabra

que pueda ser escuchada como buena nueva. Estaremos más dispuestos a escuchar y recibir tal palabra si nuestra lectura es una escucha orante, atenta del texto de la Biblia. Trate de leer el texto sin preguntar “¿Qué significa?” Acérquese a él con humildad, ponderándolo y dejándolo que hable por sí mismo.

Estudio y Más Reflexión

Una de las tentaciones principales de los estudiantes cuando se les asigna un trabajo es correr inmediatamente a los “expertos”. La misma tentación aflige a los predicadores. Con demasiada frecuencia nuestra preparación para la homilía consiste en buscar las lecciones, leyéndolas rápidamente, y luego ir a un comentario o a un servicio de homilías para encontrar lo que significan y lo que podríamos ser capaces de decir sobre ellas. Al hacer eso impedimos la posibilidad de dejar que estos textos nos hablen a nosotros y a las preocupaciones que compartimos con la congregación.

Otro peligro al ir demasiado pronto a los comentarios es que nos programamos para predicar lo cual, en contenido y estilo, es académico en lugar de existencial. Buscamos información sobre los textos que podamos pasar a nuestros oyentes. Pensamos en el texto como algo que contiene un significado escondido que tenemos que descubrir y dejar salir con instrumentos apropiados, en lugar de considerarlo como una palabra dicha directamente a nosotros por el Señor. Este modo de acercarse al texto lleva a una predicación que es una palabra sobre algo en lugar de una palabra, una Palabra de Dios, dirigida a alguien.

Por lo tanto, el proceso de la reflexión personal y de la interpretación debe de tenerse por unos días sin la ayuda de los comentarios. Somos nuestros propios intérpretes ante todo, y luego cuando usamos a los exégetas profesionales, lo hacemos con el fin de ver la exactitud de nuestra propia interpretación. Frecuentemente recibiremos nuevas perspectivas e ideas de los profesionales, y éstos serán de ayuda para nosotros. Si hemos dejado que los textos nos hablen directamente, estaremos mucho mejor preparados para hablar la palabra que es expresiva de nuestra propia fe y está en contacto con las preocupaciones de nuestro pueblo. También seremos capaces de reconocer mejor y de usar las ideas que los exégetas profesionales nos dan.

Dejarla a un Lado

Alguna vez en medio del proceso de la preparación debemos permitirnos alejarnos del trabajo que estamos haciendo y dar rienda suelta a los procesos subconscientes de nuestra mente. A veces encontraremos que nuestra preparación nos ha llevado a una barricada. Un pasaje puede no tener sentido para nosotros. Nos puede incluso escandalizar. Quizá queramos ignorarlo, pero no se aleja. Entre más luchamos con él, más difícil se vuelve. Las palabras de Jesús sobre el amor a los enemigos se van volando ante nuestra inclinación natural hacia la retribución; sus palabras sobre vender las posesiones y darlas

a los pobres contradicen nuestro sentido instintivo de la necesidad de administrar prudentemente. La enseñanza de San Pablo de que el pecado y la muerte entraron en el mundo por un hombre parece contradecir todo lo que creemos sobre la libertad personal y la responsabilidad. Sentimos una tensión real entre la Palabra de Dios y la situación humana.

Cuando pasa esto tenemos uno de los mejores signos de que tenemos algo vital. La Palabra de Dios puede estar desafiando de verdad nuestra fe, llamándonos a la conversión, a una visión nueva del mundo. Este período puede ser difícil, porque podemos sentir que se nos pide abandonar la forma de ver y tratar con el mundo, la cual nos ha servido bien y con la cual hemos crecido cómodamente. En un momento como éste necesitamos dejarla a un lado con el fin de permitir que el Espíritu Santo trabaje dentro de nosotros y nos guíe a una fe más profunda y más rica.

Redactar el Borrador

Se debe fijar un tiempo para escribir por lo menos dos días antes de predicar la homilía a fin de ofrecer suficiente tiempo para cambios. El saber que habrá oportunidad de re-trabajar la homilía nos ayudará mucho para evitar el bloqueo del escritor. En esta etapa no debemos preocuparnos por cuestiones de estilo, ni por estar seguros que la homilía está bien razonada y bien construida. El punto es simplemente empezar a tener ideas en el papel para que tengamos algo con que trabajar.

Es muy posible que llegemos a esta etapa de la preparación sin tener todavía ninguna idea—esto es, ninguna idea nueva y fresca—de lo que vamos a decir. Nos podemos sentir totalmente vacíos y sin inspiración. Empiece a escribir de todas maneras, porque el mismo acto de escribir desencadena con frecuencia una lluvia de ideas que serán nuevas, frescas y emocionantes. Con frecuencia es en este punto al empezar escribir que el texto difícil revela de repente su significado y ofrece una comprensión nueva y más rica de cómo Dios está presente en nuestra vida. En este punto, también, las dos lecturas que habían parecido tan totalmente distintas de repente se unen e iluminan una a la otra. Cuando sucede algo como esto (algunas veces se le llama como un momento de revelación, o una experiencia de “¡Ah sí!”), bien podremos tener la idea central para nuestra homilía.

Por lo tanto, en este momento, simplemente escriba. Anote palabras, frases, oraciones no relacionadas. Piense en bosquejar la homilía, o en hacer una lista de ideas, en lugar de escribir el texto. De hecho, es mejor no poner las ideas en una forma demasiado fija en este punto, porque podemos encontrar que luego es más difícil el alterarlas. No se detengan a pensar en la mejor manera de decir algo, no regresen y tachen palabras ni frases porque no suenan bien. Habrá tiempo de hacer eso después; dejen que la pluma o la computadora simplemente se mueva aunque estemos seguros de que no usaremos todo lo que ponemos en el papel. El mismo acto de escribir es una manera de traer a la superficie ideas y palabras que de hecho serán el material del cual se hacen nuestras homilías.

Revisar

La etapa de revisión es una de las más importantes y una de las que es demasiado fácil omitir por falta de tiempo. Revisar es frecuentemente cortar: el material bueno pero extraño que surge en la etapa de hacer notas durante la preparación; los términos teológicos técnicos y los populares que se infiltran en nuestro vocabulario; el uso de palabras no específicas como “esto” o “eso” al principio de las oraciones; el moralista “por lo tanto hagamos” o “debemos” que usamos tan fácilmente al fin de la homilía; las referencias a “él” y “hombres” cuando las palabras deben incluir a todos; las generalidades vagas que pueden reemplazarse con incidentes o ejemplos específicos.

El momento de revisar es también el tiempo de arreglar el material en el orden más apropiado para atraer, y mantener, la atención del pueblo e invitarlos a una respuesta de fe en la Palabra de Dios. En la etapa del bosquejo se nos puede haber ocurrido una historia que es un ejemplo perfecto de la situación humana a la que se dirige la Palabra de Dios. Traiga esa historia abiertamente. Úsela como el inicio para que el pueblo sea capaz de identificarse con la situación desde el principio. El empezar la homilía con: “en el Evangelio de hoy. . .” o palabras parecidas, presenta el peligro de perder la atención de la congregación desde el principio porque no se le dio ninguna indicación para que estuvieran interesados en lo que se dijo en el Evangelio de hoy.

El tiempo de la revisión es también el momento de asegurarse que la homilía tiene de verdad una idea central, unificadora, y que esta idea está expresada claramente y es repetida en toda la homilía. No necesitamos repetir la idea con las mismas palabras todo el tiempo, pero necesitamos regresar a ella varias veces. Inevitablemente las personas se distraen y ponen atención, no importa que tan bueno sea el predicador. El volver a declarar la idea central es una manera de invitar al pueblo a que regrese a la homilía nuevamente si es que se han distraído de lo que estábamos diciendo.

Finalmente, el tiempo para revisar es el momento de asegurarse que la homilía está moldeada no simplemente como una charla separada, sino como una parte integral de la acción litúrgica. ¿Guía de alguna manera la conclusión al pueblo a la liturgia que sigue? ¿Hemos hablado la Palabra de Dios de tal manera que Dios se ha hecho más presente en la vida del pueblo y ellos están capacitados para participar más plenamente en el acto de culto para el cual se han reunido? Recuerden que una homilía no es una charla dada en la ocasión de una celebración litúrgica, sino una parte integral de la liturgia. Así como una homilía fluye de las lecturas bíblicas de la Liturgia de la Palabra, así debería fluir hacia las oraciones y acciones de la Liturgia de la Eucaristía que sigue.

Practicar

Después de revisar la homilía, se practica. Repítala varias veces para familiarizarse con lo que se va a decir y cómo va a decirlo. Practique en voz alta y pregúntese si esa persona que habla es realmente “usted”. ¿Suena natural, o he introducido palabras y frases que sonaban bien cuando las anoté pero que no son apropiadas para la

comunicación oral? Puede ser de ayuda el predicar la homilía a un/a amigo/a o colega o usar una grabadora de cinta audiovisual. ¿Puedo decirle a esa persona sin vergüenza lo que tengo intención de decir a la congregación? ¿Creo realmente en lo que estoy diciendo o me he escondido detrás de alguna expresión convencional o piadosa o teológica que probablemente no usaría en ninguna otra situación?

Predicar

Nuestro énfasis sobre la importancia de escribir en la preparación de una homilía no implica de ninguna manera que las homilías deben ser normalmente leídas. El escribir es un medio para llegar a una buena organización, a la claridad de la expresión y a la concretización. El llevar o no llevar el manuscrito al púlpito dependerá de varias cosas: la naturaleza de la reunión, [muy formal o más informal], que tan familiarizados estamos con nuestro propio material, que tan aprensivos nos sentimos si olvidamos algo esencial.

Algunas veces sabemos tan bien lo que vamos a decir y estamos tan entusiasmados por eso que el manuscrito nos estorbaría o distraería. Por otro lado, hay veces cuando estamos seguros de que nuestro mensaje será más claro y más fuerte si tenemos el texto con nosotros. Mientras tengamos algo que decir, mientras lo estemos diciendo, y mientras establezcamos y mantengamos la comunicación con la congregación, podremos ser capaces de predicar con bastante eficacia desde un texto.

En general, es mucho mejor hablar usando notas o un bosquejo—o sin ninguna ayuda escrita, porque tal manera de predicar nos capacita para entrar más plenamente en contacto directo, personal con la congregación. Si creemos que debemos llevar el texto con nosotros, nos debemos familiarizar bastante con el material para que en lugar de leerlo, lo podamos simplemente tener allí como una ayuda para la memoria.

Al predicar, como en todas las formas de comunicación, hay que recordar que es toda la persona la que comunica. Las expresiones faciales, el tono de voz, la postura del cuerpo son factores poderosos para determinar si una congregación será receptiva a lo que tenemos que decir. Si, al predicar, recordamos que al cumplir con este ministerio mostramos nuestro amor, y el de Dios, por el pueblo, más fácilmente evitaremos una expresión oral que suene afectada, (“beata”), o impersonal.

El Grupo para la Preparación de una Homilía

Un modo eficaz para que los predicadores estén seguros que están dirigiéndose en su homilía a algunas de las preocupaciones reales de la congregación es incluir a miembros de esa congregación en un grupo de preparación de homilías. Una manera de empezar tal grupo es: los predicadores invitan a cuatro o cinco personas de confianza y con quienes pueden trabajar fácilmente para que se reúnan por una hora al principio de la semana. En una situación de parroquia se aconseja que uno de los miembros deje el grupo después

de cuatro semanas para invitar a otra persona a que tome su lugar. Igualmente, un segundo miembro debe dejar el grupo después de la quinta semana, para que, después de ocho semanas poco más o menos, trabajen con un grupo nuevo de personas.

Un grupo para la preparación de la homilía puede formarse también reuniendo a sacerdotes en la rectoría, el personal de la parroquia y sacerdotes en el área, sacerdotes y ministros, o un grupo de apoyo de sacerdotes. La presencia en el grupo de miembros de la congregación es de especial ayuda para presentar temas que les preocupan a ellos y a los cuales la homilía puede ser capaz de dirigirse. Los grupos que incluyen sólo clérigos o miembros del personal de la parroquia, pueden también ser una fuente rica de ideas sobre cómo las lecturas bíblicas señalan la presencia continua de Dios en la historia humana.

Después de que el grupo se ha reunido y de pasar unos minutos tratando de quietarse, se pueden seguir los siguientes pasos:

1. **Leer los pasajes** (15 minutos). Empiece con el Evangelio, luego el Antiguo Testamento, el Salmo y el Nuevo Testamento. Mientras uno de los participantes lee despacio los pasajes, los demás escuchan y anotan imágenes, palabras o frases que les impactan.
2. **Compartir las palabras** (10 minutos). Éste no es un momento para dialogar sino simplemente una oportunidad para que cada persona comparta las palabras o frases que les resonaron y les encendieron la imaginación. Mientras se comparte eso, el homilista puede recoger algunas palabras y frases que se repiten. Puede sorprenderse al escuchar qué partes de las Lecturas se resaltan. Estas respuestas ya son un signo de las preocupaciones, preguntas e intereses que están presentes en la vida de la congregación.
3. **Hacer una exégesis de los textos** (10 minutos). Uno de los miembros del grupo presenta una exégesis corta de los textos. La tarea no es traer a discusión todo lo que podría decirse, sino hacer un esfuerzo especial para determinar de qué preocupaciones humanas concretas está hablando el autor cuando se escribió el texto. ¿Qué preguntas había para las cuales estas palabras fueron al menos una contestación parcial? Cuando se trata de un pasaje del Evangelio, una manera de contestar esta pregunta es mostrar cómo otros evangelistas trataron los mismos materiales.
4. **Compartir la buena nueva** (10 minutos). ¿Qué buena nueva escucharon los primeros oyentes en estos relatos? ¿Qué buena nueva escucha el grupo? ¿Dónde están la promesa, el poder y la influencia de Dios en nuestra historia personal presentes en las lecturas?
5. **Compartir el desafío que estas palabras nos hacen** (10 minutos). ¿Cuál es la duda, el pecado, la pena, el rompimiento en nuestra propia vida al cual se dirige este pasaje? ¿A qué forma de conversión nos llaman estas palabras? Al responder a estas preguntas el grupo puede recurrir a generalidades. Con una persuasión suave y con el ejemplo personal, el homilista puede animar al grupo a hablar

personalmente y con ejemplos.

6. **Explorar las consecuencias** (5 minutos). ¿Qué diferencia puede hacer la buena nueva en mi vida? ¿Qué pasa si la buena nueva bíblica se aplica a las malas noticias contemporáneas? ¿Puede cambiar mi vida? ¿Puede el mundo transformarse si el pueblo cree en la buena nueva y empieza a ponerla en práctica? Éstas son preguntas a las que no se les puede dar una contestación final. Exigen oración y reflexión.
7. **Dar gracias y alabar** (5 minutos). Se concluye con una oración breve de acción de gracias por la Palabra salvadora de Dios.

El trabajar con un grupo para la preparación de una homilía ayudará a asegurar dos cosas: que el homilista escucha la proclamación de la buena nueva en las lecturas bíblicas dominicales como es escuchada por el pueblo en la congregación; y segundo, que el predicador es capaz de señalar de manera concreta y específica la diferencia que el escuchar esta buena nueva puede causar en la vida de los que la escuchan. Cuando el predicador dedica tiempo con la congregación, luchando sobre cómo la Palabra afecta la vida real, aumenta la posibilidad de que esta homilía les llegue a sus oyentes como “me está hablando a mí”. Entonces la Palabra de Dios logra eso para lo cual fue enviada. El predicador y el oyente, respondiendo juntos, son nutridos por la Palabra de Dios y atraídos a alabar a Dios que una vez más ha dado una señal de su presencia y poder.

Las Cosas No-negociables en la Preparación de una Homilía

Como mencionamos al principio de este capítulo, no hay un solo modo de preparar la homilía, ni un método particular trabaja de la misma manera todo el tiempo para la misma persona. Pero no importa cual sea el método, hay ciertos elementos en la preparación de la homilía que no se pueden omitir si nuestra predicación a lo largo del tiempo va a ser bíblicamente sana y pastoralmente relevante. Podremos en alguna ocasión “improvisarla” pero tratar de sostener el ministerio semanal de la predicación con un vistazo rápido al leccionario y una consulta rápida a un servicio homilético es tratar de lograr lo imposible.

La predicación eficaz—esto es, la predicación que capacita al pueblo para escuchar la Palabra de Dios como buena nueva para su vida y responder en consecuencia—requiere tiempo y trabajo serio. Si no estamos dispuestos a aceptar la pesadez que es parte de la predicación como lo es de todo trabajo creativo, no conoceremos el gozo de ver a la Biblia tomar vida para nosotros, ni la experiencia profundamente satisfactoria de compartir ese descubrimiento con los demás.

Para concluir este capítulo sobre el método homilético, señalaremos lo que consideramos ser elementos no-negociables de una predicación eficaz:

1. **Tiempo.** La cantidad de tiempo variará de predicador a predicador. Sin embargo, la importancia del ministerio de la predicación exige que se dedique

semanalmente una cantidad significativa de tiempo a la homilía e idealmente que este tiempo se extienda a lo largo de la semana.

2. **Oración.** Toda predicación fluye de fe a fe. Es sólo por la oración que se alimenta la fe.
3. **Estudio.** Sin estudio continuo ocurre el estancamiento y la predicación se hace insípida. Los predicadores tienen la responsabilidad profesional de continuar sus estudios en las áreas de Biblia, teología, y disciplinas relacionadas. Bien pudieran tomar un libro sobre la predicación como parte de su programa regular de lectura.
4. **Organización.** Mucha predicación sufre de falta de dirección y de la ausencia de una idea central controladora. El escribir y revisar las homilías ayuda a asegurarse de que hay un punto en lo que predicamos.
5. **Concretización.** Otro error común de los predicadores es su tendencia a hablar con generalidades vagas o usar lenguaje técnicamente teológico. Una vez más, el escribir y revisar ayuda a asegurarse de que las homilías son concretas y específicas.
6. **Evaluación.** En la retórica pública fácilmente caemos en ideas familiares y en ciertos modos de hablar. Con frecuencia no estamos conscientes de tales tendencias y necesitamos la retroalimentación de los demás para que no las hagan ver.

Epílogo: El Poder de la Palabra

El púlpito de la Catedral de San Esteban en Viena muestra una barandilla elaborada en la cual está tallada una serie detallada de creaturas míticas feas. Las bocas abiertas y los hocicos descomunales de las bestias están allí para recordarle al predicador sus ineptitudes al ascender los escalones. En lo más alto de la barandilla, tallado en el pilar que separa la escalera del púlpito circular abierto, está un perro, con las mandíbulas abiertas, ladrándoles a las figuras amenazadoras. Las bestias infernales no deben entrar al lugar sagrado. Se le ha ordenado al predicador que deje su ser pecaminoso atrás al prepararse para hablar la Palabra de Dios.

El artesano medieval ha capturado en piedra la tensión interna de todos nosotros que nos atrevemos a predicar. Estamos conscientes de que las palabras que decimos son palabras humanas, formadas a través de la reflexión tanto sobre la Biblia como sobre nuestra experiencia personal de las necesidades de nuestra comunidad. Al mirar los rostros de las personas sentadas ante nosotros, vemos a los que son más santos, más inteligentes y más creativos. Y, sin embargo, esperan que nosotros hablemos, prediquemos, proclamemos y seamos testigos de la presencia de Dios entre nosotros. Nuestra teología nos dice que las palabras que decimos son también la Palabra de Dios. “De lo que hablamos es de una sabiduría divina, misteriosa, escondida” (1 Cor 2,7).

Nos atrevemos a decir esa Palabra sagrada porque alguna vez escuchamos la voz del Misterio que habló a Isaías: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?” Y nosotros contestamos con Isaías: “Aquí estoy yo, envíame” (Is 6,8). Con Jeremías confiamos que el Señor ponga sus palabras en nuestra boca, a pesar de nuestra juventud o edad, nuestra ignorancia y nuestras ineptitudes (Jr 1,6-9). Aún cuando nos caemos de bruces, la promesa de Ezequiel está allí, que una voz nos hablará y un espíritu entrará en nosotros y de nuevo nos pondrá de pie (Ez 2,1-3). Creemos que la Palabra que decimos es la Palabra de Dios quiere que tenga un efecto en el mundo en el cual vivimos.

Como la lluvia y la nieve caen del cielo,
y sólo regresan allí después de empapar la tierra,
de fecundarla y hacerla germinar para que dé semilla
al que siembra y pan al que come,
así será la palabra que sale de mi boca:
no regresará a mí vacía, sino que cumplirá mi voluntad
y llevará a cabo mi encargo (Is 55,10-11).

Nosotros también estamos en un espacio sagrado, conscientes de nuestras ineptitudes personales, pero dispuestos a compartir cómo la historia bíblica se ha integrado en nuestros pensamientos y acciones al caminar entre aquellos que voltean su

rostro hacia nosotros. Las palabras que decimos son palabras humanas que describen cómo la acción de Dios se nos ha manifestado esta semana. ¿Es pues un asombro que el entusiasmo y la tensión nos llenen en los momentos antes de predicar? Con la última respiración profunda inhalemos también al Espíritu de Dios el cual animará nuestras palabras humanas con poder divino.

Apéndice

Este documento sobre la predicación ha tratado especialmente de lo que el predicador individual puede hacer para mejorar la calidad de la homilía dominical. En conclusión, ofrecemos algunas recomendaciones sobre los pasos que se pueden tomar a nivel nacional, diocesano y parroquial para fomentar una predicación más eficaz.

Nacional

- 1) Se debe establecer con apoyo diocesano, quizás en la Universidad Católica de América, un programa doctoral en homilética para preparar a maestros de predicación.
- 2) Se apremia a los seminarios, especialmente a nivel de teología, que hagan hincapié sobre la predicación como una prioridad (véase. *Programa para la Formación Sacerdotal*, 3ª. Edición. Capítulo III, Art. 2, Homilética).

Diocesano

- 1) Se deben establecer programas a nivel diocesano o regional para mejorar las habilidades para predicar.
- 2) Se deben establecer también programas para el estudio y la comprensión más profunda de la Biblia y de la teología de la predicación.
- 3) Un Centro para Recursos para la Predicación debe ser fundado en cada diócesis por la oficina diocesana de culto o de educación continua, o por el seminario.
- 4) El(Los) Obispo(s) de la diócesis deben modelar la naturaleza y el propósito de una homilía en su predicación. No deben de aceptar más compromisos para predicar cada día que los que le permitan prepararse.
- 5) Se deben formular claramente y se deben seguir criterios para conceder la facultad de predicar.
- 6) El desarrollo continuo de la buena predicación debe ser apoyado por la diócesis otorgando tiempo y dinero.

Parroquial

- 1) Se debe establecer un centro de recursos dentro de cada parroquia para ayudar a los predicadores y lectores en el cumplimiento de su ministerio.
- 2) Se deben formar grupos para ayudar a los predicadores a preparar y evaluar sus homilías.
- 3) Cuando hay varios predicadores en una parroquia, se debe coordinar su preparación para predicar.
- 4) Se debe entrenar a los lectores en la proclamación eficaz de las Escrituras y ofrecerles oportunidades para crecer en su comprensión de ellas.
- 5) Se debe evaluar la descripción del trabajo de los sacerdotes con el fin de resaltar la importancia de la preparación para el ministerio de la predicación y proveer el tiempo adecuado para ella.

- 6) Se debe mantener una lista de los temas de la homilía de cada domingo con el fin de llevar a la comunidad parroquial a que esté en contacto cada año con las facetas principales de nuestra fe, y evitar demasiado énfasis en una verdad a costa de otras.

* * * * *

En todos los niveles: nacional, diocesano y parroquial, se apremia a los obispos y sacerdotes a que inviten a religiosos/religiosas y laicos a que lean este documento para que ayuden, animen y apoyen a los sacerdotes en los esfuerzos para la renovación de la predicación en la iglesia.

Notas Finales

¹ El material sobre “análisis de la audiencia” es muy abundante. Se pueden encontrar los estudios más actualizados consultando las bibliografías de libros recientes sobre la comunicación hablada. Frecuentemente tales materiales describen varios métodos para determinar con bastante precisión el interés y las habilidades de una audiencia.

² Aunque la homilía no es lo mismo que una instrucción catequética, como el Papa Pablo VI lo dice claramente en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* #43 y 44), la homilía puede ciertamente ser un medio de catequesis para las comunidades cristianas. El homilista que predica desde la Biblia como está organizada en el leccionario durante un ciclo de tres años para los domingos y fiestas tratará ciertamente de todas las verdades principales de la fe. Todavía será necesario, sin embargo, ofrecer oportunidades educacionales en, y a través de las cuales los fieles puedan reflexionar más profundamente en el significado de estas verdades y sobre sus implicaciones concretas contemporáneas para la vida cristiana. En la Iglesia primitiva tal presentación sistemática de las verdades de la fe se daba a los recién bautizados en la predicación post-bautismal conocida como *mistagogia*.

³ Una explicación más completa de los principios que guían la selección de las lecturas se encuentra en la introducción al leccionario. Todos los predicadores deben estar familiarizados con estos principios, porque el saber cómo y por qué se asignaron esos pasajes de la Biblia a ciertos tiempos y fiestas ofrece una clave importante para la interpretación litúrgica de esas lecturas en la predicación.

⁴ Véase: *Leccionario para la Misa*. Traducción al inglés de la Segunda *Editio Typica* (1981): #24 preparada por la Comisión Internacional para el Uso del Inglés en la Liturgia.

⁵ *Ibid.* #8-10.

⁶ *Ibid.* #24.

⁷ En lo que se refiere a la señal de la cruz antes y después de la homilía, la Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino dio el siguiente *responsum* oficial en 1973:

Pregunta: ¿Es aconsejable invitar a los fieles a bendecirse antes o después de la homilía, el saludarlos, por ejemplo: “Alabado sea Jesucristo”? Respuesta: Todo depende de la costumbre local legal. Pero generalmente hablando no se aconseja continuar tales costumbres porque tienen su origen en la predicación *fuera de la Misa*. La homilía es *parte* de la liturgia: el pueblo ya se ha bendecido y ha recibido el saludo al principio de la Misa. Por lo tanto, es mejor no repetirlo antes ni después de la homilía. Fuente: *Notitiae* 9 (1973) 178.

⁸ *Keryssem*. “Proclamar” es la palabra más frecuentemente usada para predicar en el Nuevo Testamento. La palabra “presupone que los predicadores son heraldos que anuncian simplemente lo que están comisionados para anunciar, no en su nombre propio, sino por la autoridad del que los envía” [John L. McKensie, *Diccionario de la Biblia*, p. 689] Aunque la práctica en las sinagogas judías del primer siglo puede haber incluido explicaciones y aplicaciones de la Biblia como parte de una ceremonia regular, el Nuevo Testamento mismo no usa un término técnico específico para describir la clase de predicación a la que nos referimos como una “homilía”, esto es, la exposición de un texto de la Biblia que se tiene en y como parte de una celebración litúrgica. La palabra *homileo* aparece en el Nuevo Testamento y su uso allí nos puede ofrecer una manera de comprender la manera homilética de predicar como distinta de una predicación dirigida a los no creyentes (*kerygma*).

⁹ La habilidad continua de los textos Bíblicos de hablar a situaciones que son distintas temporal y culturalmente a las que se refirieron originalmente es una de las maneras en las cuales la canonicidad de la Biblia continúa siendo afirmada por la iglesia. De hecho, el canon está compuesto de esos escritos que la iglesia considera demasiado importantes para olvidarlos porque se dirigen a temas que están presentes en toda generación, aunque con diferente atuendo y formas.

En la Exhortación Apostólica: *Sobre la Catequesis en Nuestros Días*, 1979, #48, el Papa Juan Pablo II observa: “Respetando la naturaleza específica y la cadencia propia de esta situación [esto es: liturgia,

especialmente la asamblea Eucarística], la homilía toma una vez más el camino de la fe que se ha presentado en la catequesis y la lleva a su cumplimiento natural. Al mismo tiempo anima a los discípulos del Señor a empezar de nuevo cada día su camino espiritual en la verdad, adoración y acción de gracias. Por consiguiente se puede decir que la enseñanza catequética, también encuentra su fuente y cumplimiento en la Eucaristía dentro del círculo total del año litúrgico.

“La predicación centrada en los textos Bíblicos debe luego en su propio modo hacer posible el familiarizar al pueblo con todos los misterios de la fe y con las normas de la vida cristiana. . . .” Véase también: *Compartir la Luz de la Fe*. Un Comentario Oficial sobre el Directorio Nacional Catequético para los Católicos de los Estados Unidos, 1981, p. 54. Oficina de Servicios de Publicación, U.S.C.C., Washington, D.C.

Recursos Adicionales

La Presencia Real de Jesucristo en El Sacramento de la Eucaristía

Preguntas y Respuestas Básicas

Escrito en una forma fácil de leer de pregunta-y-respuesta, este librito ofrece la respuesta de los Obispos de Estados Unidos a quince de las preguntas más comúnmente hechas sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

En inglés: Núm. 5-434, 20 pp.; en español: Núm. 5-860, 20 pp.

Libro de Lecturas sobre la Eucaristía

Un Jubileo Eucarístico

Los artículos exploran la teología de la Eucaristía, la piedad popular, la adoración Eucarística, la Eucaristía y la música, y la Eucaristía y el ministerio cristiano.

En inglés: Núm. 5-422, 114 pp.

Sacerdotes para el Nuevo Milenio

Una Serie de Ensayos sobre el Sacerdocio Ministerial por los Obispos Católicos de Estados Unidos.

Una colección de 12 ensayos que hablan de temas incluyendo el sacerdote en comunión, actuando en la persona de Cristo; fraternidad sacerdotal, y el papel del sacerdote como catequista y evangelizador principal.

En inglés: Núm. 5-367, 220 pp.

Un Plan Básico para la Formación Continua de los Sacerdotes

Desarrollada por los Obispos de Estados Unidos, esta publicación ofrece un plan general para promover la identidad, vida y ministerio sacerdotales y planes más específicos para etapas particulares en la vida de un sacerdote.

En inglés: Núm. 5-383, 120 pp.; en español: Núm. 5-845, 124 pp.

Programa para la Formación Sacerdotal

(Cuarta Edición)

Enraizada en los documentos del Vaticano II, esta edición ofrece la dirección normativa para todos los seminarios en los Estados Unidos para responder al reto de la formación sacerdotal en el tercer milenio.

En inglés: Núm. 595-X, 148 pp.

Para pedir estos recursos o para obtener un catálogo de otros títulos de la Conferencia Episcopal (USCCB), llame al número de larga distancia sin costo 800-235-8722. En el área metropolitana de Washington o de fuera de los Estados Unidos, llame al 202-722-8716. Visite el sitio de los Obispos de Estados Unidos localizado en el Internet como www.usccb.org

Publicación Núm. 850-9
USCCB Publicaciones
Washington, DC
ISBN 1-55586-850-9

¹ El material sobre “análisis de la audiencia” es muy abundante. Se pueden encontrar estudios más actualizados consultando las bibliografías de libros recientes sobre la comunicación hablada. Frecuentemente tales materiales describen varios métodos para determinar con bastante precisión el interés y las habilidades de una audiencia.

² Una explicación más completa de los principios que guían la selección de las lecturas se encuentra en la introducción al leccionario. Todos los predicadores deben estar familiarizados con estos principios, porque el saber cómo y por qué se asignaron esos pasajes de la Biblia a ciertos tiempos y fiestas ofrece una clave importante para la interpretación litúrgica de esas lecturas en la predicación.

³ Véase: *Leccionario para la Misa*. Traducción al inglés de la Segunda *Editio Typica* (1981): #24 preparada por la Comisión Internacional para el uso del inglés en la Liturgia.

⁴ *Ibid.* #8-10.

⁵ *Ibid* #24.

⁶ En lo que se refiere a la señal de la cruz antes y después de la homilía, la Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino dio el siguiente *responsum* oficial en 1973:

Pregunta: ¿Es aconsejable invitar a los fieles a bendecirse antes o después de la homilía, el saludarlos, por ejemplo: “Alabado sea Jesucristo”? Respuesta: Todo depende de la costumbre local legal. Pero generalmente hablando no se aconseja continuar tales costumbres porque tienen su origen en la predicación *fuera de la Misa*. La homilía es *parte* de la liturgia: el pueblo ya se ha bendecido y ha recibido el saludo al principio de la Misa. Por lo tanto, es mejor no repetirlo antes ni después de la homilía. Fuente: *notitiae* 9(1973) 178.

⁷ *Keryssem*. “Proclama” es la palabra más frecuentemente usada para predicar en el Nuevo Testamento. La palabra “presupone que los predicadores son heraldos que anuncian simplemente lo que están comisionados para anunciar, no en su nombre propio, sino por la autoridad del que los envía” [John L. McKensie, *Diccionario de la Biblia*, p. 689] Aunque la práctica en las sinagogas judías del primer siglo puede haber incluido explicaciones y aplicaciones de la Biblia como parte de una ceremonia regular, El Nuevo Testamento mismo no usa un término técnico específico para describir la clase de predicación a la que nos referimos como una “homilía”, esto es, la exposición de un texto de la Biblia que se tiene en y como parte de una celebración litúrgica. La palabra *homileo* aparece en el Nuevo Testamento y su uso allí nos puede ofrecer una manera de comprender la manera homilética de predicar como distinta de una predicación dirigida a los no creyentes (*kerygma*).

⁸ La habilidad continua de los textos Bíblicos de hablar a situaciones que son distintas temporal y culturalmente a las que se refirieron originalmente es una de las maneras en las cuales la canonicidad de la Biblia continúa siendo afirmada por la iglesia. De hecho, el canon está compuesto de esos escritos que la iglesia considera demasiado importantes para olvidarlos porque se dirigen a temas que están presentes en toda generación, aunque en diferente atuendo y formas.

⁹ En la Exhortación Apostólica: *Sobre la Catequesis en Nuestros Días*, 1979, #48, el Papa Juan Pablo II observa: “Respetando la naturaleza específica y la cadencia propia de esta situación [esto es: liturgia, especialmente la asamblea Eucarística], la homilía toma una vez más el camino de la fe que se ha presentado en la catequesis y la lleva a su cumplimiento natural. Al mismo tiempo anima a los discípulos del Señor a empezar de nuevo cada día su camino espiritual en la verdad, adoración y acción de gracias. Por consiguiente se puede decir que la enseñanza catequética, también encuentra su fuente y cumplimiento en la Eucaristía dentro del círculo total del año litúrgico.

“La predicación centrada en los textos Bíblicos debe luego, en su propio modo hacer posible el familiarizar al pueblo con todos los misterios de la fe y con las normas de la vida cristiana. . . .” Véase también: *Compartir la Luz de la Fe*. Un Comentario Oficial sobre el Directorio Nacional Catequético para los católicos de los Estados Unidos, 1981, p. 54. Oficina de Servicios de Publicación, U.S.C.C.B., Washington, DC